

# Frente libertario

Madrid,  
17 de abril  
de 1938

Número 450

editado por el comité de defensa confederal = región centro

¡En pie los Partidos y las Organizaciones obreras!

## En esta hora difícil y decisiva todos a cumplir con su deber

La hora es grave; y son, por consiguiente, momentos en los que hay que prescindir de los optimismos injustificados, pero sin dejarse arrastrar por el pesimismo. El pesimista es el hombre a través del cual se canaliza la derrota; el pesimista, en última instancia, es un traidor a la causa del pueblo que no tiene sitio entre nosotros. Por esto, sin optimismos inconscientes y sin pesimismo

es preciso que nos enfrentemos con la realidad militar que las circunstancias nos brindan. Y que, tasándolas en su auténtico valor, nos dispongamos a cumplir con los deberes, con los dolorosos deberes que la hora nos impone.

Hoy se ha dirigido el general Miaja a la España leal. Ha hablado a los trabajadores españoles para hacerles saber su nombramiento como jefe de los territorios de la España antifascista, excepción hecha de la región catalana, que continúa dependiendo directamente de la autoridad del Gobierno central. Nadie más indicado que el general Miaja, el general popular por excelencia, el general a cuyo nombre va vinculada la defensa de Madrid, para hacerse cargo del mando de las tropas del Ejército popular a las cuales las contingencias militares han aislado del Gobierno. El pueblo español ha acogido con júbilo su nombramiento, porque tiene seguridad absoluta de su arrojo, de su lealtad y de la afinidad de sus pensamientos con los pensamientos de los auténticos revolucionarios y antifascistas.

Pero junto a él deben estar, para sostenerlo en su puesto y para orientar su labor social y revolucionaria, los Partidos y las Organizaciones obreras; por ser los Partidos y las Organizaciones obreras quienes se encuentran en más íntimo contacto con las masas proletarias, son ellos los que se encuentran en mejores condiciones para canalizar los esfuerzos y los sacrificios de esas mismas masas. Y, con esto, habremos logrado dos cosas que son indispensables para continuar combatiendo con probabilidades de éxito: una es la de dar a esas mismas masas, que luchan y se sacrifican, la seguridad de que su lucha y sus sacrificios no serán estériles; y de otra habremos soslayado hasta la más leve sombra de caudillaje, que es incompatible con la idiosincrasia de todos los proletarios españoles.

## EN PLENO RIDICULO IMPERIAL

En ningún otro tiempo, tanto como hoy, registra la historia de los pueblos tan tremendos ridículos cubiertos con el manto de un imperialismo que más que nada se caracteriza por ser miserablemente carnavalesco. El discurso de Mussolini al Senado ha sido acompañado por aquella coreografía puesta en escena que sirve para llenar de ruido todas las manifestaciones del régimen fascista. En sustancia, ese discurso, no hace más que repetir lugares comunes sobradamente conocidos. Primero, la guerra concebida como expresión vital de los pueblos; segundo, la voluntad de expansión y de grandeza—imposibles—de la Italia fascista; tercero, la preparación intensa de una ofensiva totalitaria, rápida, brutal, implacable. Y lo que estos adjetivos significan lo demuestran claramente los bombardeos sobre Barcelona,

después de los anteriormente realizados en Abisinia.

Discurso de guerra, amenazador, retador, que ha ofrecido al imperial charlatán la ocasión de reivindicar con palabras la intangibilidad de las fronteras nacionales; preocupación ésta muy natural en Mussolini en los momentos en que la cruz gamada se izaba en las cimas del Tíber al grito de "¡Viva la victoria!"; ocasión también de proclamarse jefe supremo de las fuerzas armadas en caso de conflicto, y, finalmente—nota bastante cómica en tiempos de cuarentena—, ocasión de exaltar la italianidad de Napoleón, para dar a entender, modestia aparte, que él es el émulo todavía no saciado de gloria.

El discurso, del cual resulta que todos los millones arrancados por medios violentos al pueblo italiano han si-

do destinados a máquinas y fines de guerra, proclama una vez más la participación de la Italia fascista en las operaciones militares de Franco. La intervención mussoliniana en España no podía tener una confirmación más explícita y solemne. Lo que, naturalmente, no ha sido suficiente para abrir los ojos a los defensores de la "no intervención", porque, afectados por una ceguera tan voluntaria como absurda, insisten en enmascarar con esta banal fórmula las más pífidas formas de una abominable complicidad reaccionaria.

Hace sólo unos días, el 11 de abril, interpelado el seráfico Chamberlain sobre el hecho de la siempre más intensa intervención en España por parte de los regímenes totalitarios y más especialmente por el maquiavélico "mariscal del Imperio", Mussolini, respondió con su característica tranquilidad: "Según noticias recibidas, no hay razón para creer que la situación en España se haya transformado materialmente por el hecho de que hayan llegado nuevos refuerzos y material a Franco."

No habiendo logrado con esto satisfacer a los interelatos, se vio obligado a responder este otro representante, también de un Imperio al borde de la quiebra moral más vergonzosa: "No niego que haya podido existir el envío de refuerzos." Viniendo así a confirmar la vergonzosa intervención querida y protegida por los negociantes de la City, que esperan, insaciables, la parte del botín que les ha sido prometido por su mal nacida complicidad.

Ha sonado la hora de poner término a tanta desvergüenza pseudoimperial. Los vencidos serán con toda seguridad los abyectos soñadores de ambiciones que degradan la dignidad humana, esa dignidad que no se pisotea impunemente, sino que sabe siempre encontrarse a sí misma y que sabe siempre forjar sus propios senderos y sus triunfos duraderos de fraternidad y de libertad, de paz y de bienestar por los seguros caminos de la Humanidad en marcha hacia las más altas cimas ideales y hacia las más limpias aspiraciones.

Eso, en tanto que los actos frágiles y sanguinarios no son más que saltos atrás de cualquier carrera más o menos napoleónica, que son también los pasos fatales hacia una bien diferente Santa Elena que la Historia no dejará de cubrir con el olvido que se merece la execración y la infamia, la orgiástica sed de sangre de tiranos bestiales y de cómplices asesinos.

De toda esta amalgama de ridículo, de execrable y de insoportable, tan sólo destaca una cosa a la cual debemos vincular nuestra liberación: la salvación está solamente en nosotros, en nuestra firmeza, en nuestra constancia en la lucha, en nuestra convicción inflexible de la justicia en nuestra causa, en la invencible y tenaz voluntad de superación de todas las fuerzas proletarias, indómitas e indomables.

## LAS SIETE COLUMNAS DE LA TRAICION

### LOS CIVILONES

Lo hemos visto frente a nuestras trincheras, a lo largo de la jornada. Todos ellos se parecen entre sí como un huevo a otro huevo. El tricorne charrolado recorta la silueta de tipos macabros cortados por idéntico patrón. Hasta parece que las balas del pueblo perforaron idénticamente los fatídicos huesos. El correaje chillón, sujeta las cartucheras de la muerte. Está allí moriendo el polvo de su estulticia, pegado a la tierra, agazapado como un reptil. No duerme. No piensa. Apenas si habla. Y cuando habla dice como un autómatas: "A la orden de usía." Pero acecha los movimientos de nuestros soldados en el parapeto, a la espera de una distracción para causar una baja. Ha nacido para causar bajas. Es la guadaña del pensamiento, de la libertad, del vivir, de la paz, del orden, y, no obstante, sus amos le llaman guardadores del orden.

Lo hemos visto en la Sierra, en Guadalajara, en Talavera, en la Casa de Campo, en los Carabanchales y en la Alcarria. Aquí vino para sustituir a los legionarios italianos puestos en fuga por un Ejército en el que actuaban Mera, Sanz, Gil, Luzón, obreros todos ellos, salidos del taller para enfrentarse con los civilones una vez más. Todos los conocían de antaño, de cuando la lucha no impresionaba ni a las democracias ni a los países totalitarios, cuando un civilón disponía, como cualquier esbirro de un virrey, de la vida de los trabajadores. Allí vimos cómo su odio hacia el Ejército del pueblo le hacía ser más tozudo que ninguna unidad facciosa. Pero también lo vimos retroceder, ante el empuje de nuestras fuerzas. ¡Caer vencidos en la contienda! Por una sola vez, el obrero no estaba desarmado ante su máuser. Se demostró que el valor no era privativo de estos verdugos. Muchos, cobardemente, hasta hacían promesas de afecto hacia nuestra causa al caer prisioneros. Pero eran los menos. Su formación de fieras les vedaba todo gesto de honrría. Preferían morir como verdugos, que justificar su oficio por la soldada que perciben, a demostrar dignidad.

Lo hemos visto siempre los mismos. De fisonomía estereotipada. De vitola "standard". De corazonces de un solo color. Negro, como su conciencia. Y tal como lo vimos formaban frente al pueblo la primera columna de la traición, que Mola dejaba en su testamento macabro para asesinar a cien mil trabajadores en Madrid, apenas terminados los santos oficios de la misa en la Puerta del Sol. En vanguardia. Como fuerza de choque, para pegarse al terreno y asesinar a nuestros soldados. Más tarde, en retaguardia, en complicidad con la noche, abusando de un pueblo desarmado, sacando trabajadores de sus modestos hogares para repetir una y mil veces su odioso oficio de verdugos.

Así actuaría en Madrid, primero, y en toda España después, la primera de las siete columnas de la traición que los facciosos enviaban sobre la ciudad, mil veces heroica. Y así hubiera ocurrido si el pueblo madrileño en pie no hubiera diezmado a las puertas de Madrid la auténtica veterana sangrienta de los civilones monárquicos.

## ¡Pena de muerte al ladrón!

Por las calles de Madrid se ha fijado un nuevo bando del gobernador civil. Se refiere a los especuladores. No sólo a los comerciantes que venden a precios ilícitos, exprimiendo las economías de un pueblo heroico, sino también a esos comerciantes furtivos que han surgido al socaire de la convulsión de nuestra guerra y tienen quien le facilite "de todo", siempre que el comprador posea cantidades astronómicas, en billetes del Banco de España.

Nos parece bien el bando; mas no será suficiente con que se "patine" en las paredes de Madrid con la acción destructora del tiempo. No; hace falta que ese bando sea el principio de una política de persecución del ladrón.

El ladrón, en cualquier momento de la vida, es un elemento peligroso para una economía. La de hoy, está en manos de los trabajadores. Alimentada con el esfuerzo de los trabajadores y defendida con la sangre de los trabajadores. Si antes se dictaban penas severas para quien atacaba la propiedad — propiedad que en muchas ocasiones tenía vicio moral de nulidad —, hoy el ladrón que comercia con la sangre del pueblo es, además, un fascista. Y a los fascistas se les aplica la máxima pena.

Son los propios trabajadores los que habrán de hacer eficaz el último bando del gobernador. Son nuestros compañeros las que pueden conseguir con su cooperación que se limpie la retaguardia de enemigos de la causa por la que su compañero o su hijo lucha con un fusil en el frente. ¿Cómo? Desenmascarando a quien le ofrezca a veinte lo que vale dos. Poniéndolo a disposición de las autoridades y expresando en todo momento su deseo de que la ley sea inexorablemente cumplida para esta clase de fascistas, comerciantes debidamente legalizados unos y furtivos los más, que le han salido cancherosamente al robusto cuerpo de nuestra gloriosa revolución.

## Quienes especulan con las necesidades del pueblo, me- recen el trato de traidores.

Ayuntamiento de Madrid



# Frente libertario

Redacción y Administración:  
**COMITE DE DEFENSA**  
(Sección de Propaganda)  
Serrano, 111. Teléfono 58653

LA VICTORIA HABRA DE SER OBRA DE NOSOTROS MISMOS

## El pan, la paz y la prosperidad, solo nos será dada con el triunfo

Hay que insistir sobre el tema hasta que éste cale hasta lo más hondo de la conciencia popular. La victoria, el aplastamiento del fascismo en España, ha de ser obra exclusivamente de los españoles.

Y la victoria supone para el pueblo español la paz, el pan, la prosperidad, la cultura, el progreso y el bienestar de las generaciones que nos sucedan. Como el fracaso supondría la esclavitud a plazo largo, sin perspectivas inmediatas de liberación.

Sólo planteado el problema en su propio centro es como puede afrontarse con gallardía el grave momento que vive nuestro pueblo. Sólo proclamando a los cuatro vientos que estamos luchando contra naciones y ejércitos poderosos inmiscuidos en nuestra política nacional absolutamente solos, es como se puede despertar nuestra conciencia de antifascistas hasta hacernos invencibles con el arma del propio convencimiento del triunfo que nos espera. Los que aún fían en ayudas exteriores, los que propalan el término de nuestra guerra a plazo fijo y merced a situaciones extremas favorables para nosotros, o son unos inconscientes, o unos pusilánimes, o algo peor, agentes provocadores que cumplen su misión al servicio de nuestros seculares enemigos. La guerra habrá de ser todo lo larga y lo cruel que los fascismos italiano y alemán sean capaces de realizar. Pero frente a ellos está el pueblo dispuesto a acortar las distancias y a invertir la potencialidad momentánea que hoy demuestran frente a nuestras tropas a superar, para vencer.

Indiscutiblemente que hay muchos Estados, muchos Go-

biernos, muchos pueblos convencidos de que la derrota nuestra será fatalmente su propia derrota. Sin discusión, también, que estos Estados, estos Gobiernos y estos pueblos puede que reaccionen y se decidan por fin a intervenir en ayuda propia, facilitando al pueblo español lo que éste necesita. Pero decir que lo harán no es decir que contemos con ello. La experiencia de veinte meses de lucha nos da derecho a pensar que no están todo lo decididos que la situación apremia. ¿Que vendrán? ¿Hasta puede que el convencimiento íntimo sea el de que no tienen más remedio que venir! Pero, entretanto, lo mismo que el 18 de julio, lo mismo que el 7 de noviembre, lo mismo que el 18 de marzo, el pueblo español se siente aún capaz para realizar la gesta con o sin ayudas. Sabe que la victoria, si ha de ser semillero de una cosecha fructífera para el porvenir de España, habrá de ser obra del pueblo mismo. Las colaboraciones, las ayudas, se nos darán por añadidura. No olvidemos que los que triunfan se abren la puerta de todos los remisos en demostrar sus simpatías hacia una causa justa. En el mundo de los egoístas, de los insensibles, oros son triunfos, y la razón, mero romanticismo.

Y de que el pueblo se siente capaz de repetir una y cien veces la gesta de retar a su enemigo está palpable en esta orden de movilización decretada por un Gobierno de guerra como el que nos preside. Todos los trabajadores, todos los proletarios, todos, todos, como un solo hombre, se han puesto a las órdenes del Gobierno. ¡Todos! Porque los emboscados, éstos no cuentan; los que escurran el bulto, son para nosotros ex hombres, criminales y más fascistas que el mismo fascismo que nos disponemos a aplastar.

CAMINOS DE VICTORIA

## El gran valor militar de los Sindicatos

Las horas difíciles, los momentos culminantes y decisivos engendran siempre, por un imperativo natural, las más acertadas y eficaces soluciones. Sobre todo cuando el afectado por la situación trascendental es el pueblo, la sociedad humana, trabajadora y productiva, cuyas energías, acumuladas en dinamo gigantesca no se agotan nunca. Algo inexorable impulsa las decisiones de los hombres, y de un modo especial y terminante en las luchas sociales que son, al fin, un fenómeno de la naturaleza que camina siempre en pos de un mayor grado de perfeccionamiento. Ante la situación enfermiza y artificial del régimen opresor, se rebela el gran organismo de la sociedad, y, cuando mayores son los ataques del mal, crecen en proporciones extraordinarias las soluciones que los neutralizan.

Algo así viene ocurriendo con respecto a la situación actual de la epopeya española. La sublevación reaccionaria de julio no fué ni más ni menos que una sacudida brusca, un tanto agónica, del Estado capitalista en el deseo de mantener un dominio que a todas luces se resquebrajaba. Reaccionaron las masas populares, la esencia del pueblo español, e hicieron frente con decisión heroica a los propósitos del febril adversario. Solamente el proletariado, surgiendo poderoso de sus organismos de lucha, fué capaz de desmenuzar, aplastándolo en su origen, en sus centros vitales, el alzamiento fascioso. Solamente la ayuda extranjera pudo mantener a la facción que el pueblo había vencido.

Nadie desconoce, absolutamente nadie puede desconocer, que en todos los instantes de la lucha, contra los fascistas españoles primero y

contra el fascismo mundial después, encauzaron esas energías populares los Sindicatos. Las Organizaciones que aglutinaban las fuerzas proletarias pasaron de la contienda sorda y desigual a la guerra de envergadura. De ellas nació, hasta en sus más exiguas manifestaciones, el Ejército leal cuyo grado de perfeccionamiento es de todos conocido. Todos los servicios montados en la formidable organización de nuestras tropas tuvieron su origen fecundo e inmediato en la vida sindical. Basta con examinarlos, analizar sus caracteres, estudiar su historia, para encontrar bien pronto la raíz que los engendró y que los mantiene ahora con su savia fecunda. Nuestro Ejército se ha nutrido de hombres, de iniciativas, de estructura, en los Sindicatos, cuyo valor, desde el punto de vista militar, resulta incalculable.

Hubo, no obstante, aunque nadie ignoraba la incuestionable verdad, un momento en el desarrollo de nuestra guerra en que parecía haberse olvidado. Error profundo que, de no subsanarse a tiempo, no nos atrevemos a analizar sus resultados. Aunque coincidimos todos en asegurar la necesidad imperiosa de mantener, en el terreno militar, la más rigurosa disciplina, ello no perjudica para no abandonar el fundamento en que se basa la potencia de las armas leales. Bajo ningún pretexto nuestras fuerzas, con una formación social, un estímulo y unas convicciones profundamente arraigadas podían mecanizarse. Entre nosotros sobran siempre los militares de tirilla, y un movimiento natural provoca una apreciable y brusca reacción contra lo cuartelero. Cosa que nada tiene que ver con lo que verdaderamente se entiende por orga-

nización y disciplina, que se manifiesta más eficazmente en quienes luchan por un ideal que en los que nutran las filas relajadas de un ejército pretoriano. Alejarse de los Sindicatos, que forjaron y mantienen la fisonomía de nuestro Ejército, sería desastroso.

Frente a la situación trascendental, en presencia de las horas difíciles y culminantes, fueron las cosas colocadas en su punto. Igual que en julio los Sindicatos, fibras sensibles del pueblo, cumplieron su deber. Nadie tuvo la pretensión, que sería suicida, de oponerse al hecho que se presentó con apremiantes caracteres. Los Sindicatos supieron actuar eficazmente. Sus enormes posibilidades, puestas en juego otra vez, no tardaron en dar los frutos apetecidos. Una ola de entusiasmo, de heroísmo sin par, invadió a las masas, recorrió fábricas y talleres, se manifestó en las calles, llegó pujante a los frentes de lucha. Y el enemigo que, como en julio, iniciaba su dominio con facilidad y se prometía éxitos definitivos, fué contenido y no tardó en estrellarse contra los pechos de acero de los trabajadores en armas.

Vuelven al frente (los miles de voluntarios son sus representantes, que traen la solución victoriosa) los Sindicatos obreros.

La continuidad se manifiesta otra vez con caracteres profundos y terminantes. Así lograremos el triunfo sobre el enemigo que, en caso contrario, no se podría obtener. Porque las tropas leales que reciben la savia de los Sindicatos constituirían, si así no fuera, la entelequia de un árbol sin raíces.

Samuel DEL PARDO.

## Visado por la censura

Ayuntamiento de Madrid

LO QUE ESPERAMOS DE ESTE GOBIERNO DE GUERRA

## Hay que sacar a los jóvenes fascistas de las guaridas donde ocultan su odio al pueblo

Está hecha la declaración terminante. Nuestro Gobierno es de guerra, y como en guerra habrá de actuar. Sin miramientos, sin tibiezas, con una moral de victoria reflejada en la energía de sus propias disposiciones.

Y una de estas disposiciones, acaso la que el pueblo reclama con mayor vehemencia es la de exigir un trato igual para todos ante la orden de movilización. Nadie, absolutamente nadie, puede inhibirse de esta responsabilidad histórica. Puesto que los trabajadores están dispuestos a defender la independencia patria, y la patria es de todos, justo será que de grado o por fuerza todos los jóvenes no trabajadores hagan también acto de presencia en el servicio a filas.

Nos referimos concretamente a los jóvenes fascistas—no pueden haber ni tan ínfima filofascismo en el que se oculta bajo un supuesto pabellón extranjero para no empuñar las armas—, a los que desde el 18 de julio, y en tanto llega la ocasión deseada por ellos de falsear su personalidad y marchar al Extranjero, viven en los interiores de edificios que hacen ondear pabellones no nacionales en su atalaya.

Hay que buscar la fórmula para que este caso vergonzoso no se repita. Lo exige la integridad de nuestro patrimonio nacional. Las vidas de miles de jóvenes—auténticamente españoles—como en los frentes inmolaron sus vidas en holocausto de la Libertad; lo reclama, asimismo, la dignidad de sentirnos españoles dispuestos a romper con toda intervención extranjera en los destinos de nuestra patria.

En tanto que las leyes de estancia y permanencia se cumplen a rajatabla en otros Estados que se dicen simpatizantes con la causa española; cuando la "no intervención" que tanto nos perjudica es decreto, ley inexorable para la República y fácilmente desbordable para los fascismos, el pueblo español exige, impone si es preciso, que se cumpla la ley internacional que da derecho a un Gobierno legítimo a movilizar libremente a sus súbditos cuando una nación está invadida por ejércitos extraños. Y la ley significa que tienen la obligación, los regidores de esos edificios que ondean banderas extranjeras, de acatar las leyes del país donde permanecen.

Fácil, facilísima es la tarea que supone el conseguir esta decisión radical de los que se dedican a encubrir jóvenes fascistas. Pero el pueblo no hace nada, no hará nada, porque sabe que, rigiendo sus destinos, está hoy al frente de la dirección del Estado un Gobierno de guerra, con una política decidida de auténtica guerra.

## Contra la invasión hitleriana en Austria Del 9 largo

La impresión suscitada en Italia por la anexión de Austria por el tercer Reich ha sido enorme. El discurso del "duce" pronunciado por Radio ha dado lugar a comentarios que están bien lejos de ser favorables.

En los lugares de reunión, en los cafés, en las calles, grupos de ciudadanos de todas clases estaban unánimemente de acuerdo en afirmar que Hitler en el Brennero significaba una grave amenaza, ya que se restablecía una situación de vasallaje, para librarse de la cual los italianos habían combatido durante un siglo, hasta la victoria de 1918, que había costado inmensos sacrificios de sangre.

En un solo día y sin la menor pérdida. Hitler había conseguido, con la complicidad de Mussolini, frustrar todos aquellos inmensos sacrificios.

Significativa fué la reacción de todos los estudiantes universitarios en casi todas las principales ciudades. Hubo intentos de manifestaciones hostiles y de protesta; pero la Policía intervino rápidamente y se llevaron a efecto numerosos arrestos y detenciones. Pero los policías no pudieron, sin embargo, impedir que los muros de las Universidades se cubrieran de escritos como los siguientes: "Mussolini, traidor a la patria"; "Nuestros padres murieron por Italia; Mussolini ha vendido a Italia junto con nuestros muertos"; "Basta de ejes"; "no queremos alemanes en nuestra casa".

Es digno de destacarse que también viejos oficiales de carrera comparten estos sentimientos y así también ocurre con la mayoría de los ex combatientes.

Cuando un pueblo llega al nivel moral que ha llegado el nuestro, ni le asombra nada, ni le asusta nada. No hace más que admitir lo ya consumado.

Por eso el pueblo, en vez de plañir o simplemente deprimirse, con una serenidad, con esa serenidad que sólo da la experiencia del dolor, procura poner el remedio más rápido al mal presente.

Y toda su energía se reconcentra en su interior, sin manifestaciones externas, que los ruidos externos siempre delatan la vaciedad del interior.

Y el pueblo trabaja más, y piensa más, y lucha más, y hace propósito más firme de no ceder ni un ápice en el ejercicio de su derecho a la libertad.

Pero... el pueblo es fuerte. El pueblo sabe lo que se ventila en esta lucha. Sabe que está sobre el tapete del mapa de España la libertad, la paz, el trabajo y la vida... Y el pueblo sabe, y lo deben saber todos, que aún quedan muchas casas en España para hacer de cada una de ellas un reducto de defensa y un torrente de destrucción para las fuerzas invasoras.

El pueblo está sereno; dolorido, pero sereno. Con ánimo firmísimo de no dejarse arrebatar la independencia, y sabe que, aunque caigan muchos de sus hijos, los que quedan en pie tendrán arrestos suficientes para que los caídos descansen en tierra española y libre.